

Título: Una nueva batalla por el Inconsciente

Autor: Héctor Yankelevich

Dispositivo: Mesas Simultáneas de Trabajos Libres

---

Probablemente de un modo silencioso para el análisis lacaniano, de un modo lleno de fragor para los que hacen avanzar las llamadas neurociencias, una nueva batalla por el poder sobre la práctica de la psiquiatría y de las terapéuticas en general se está librando en las Universidades, en los hospitales psiquiátricos, en las definiciones que brindan los manuales de psiquiatría y la nomenclatura de la Organización Mundial de la Salud.

La razón de esta disputa: los avances hechos en el campo de la neurología gracias al diagnóstico por imágenes. El conocimiento fino que hoy se tiene del cerebro es incomparable con el que se tenía hace diez o quince años. Hay regiones hasta ayer desconocidas en lo que se llamaba en general subcorteza. Hoy se puede seguir su funcionamiento en tiempo real en las distintas conexiones entre sí y con cada región de la corteza. Miles de laboratorios científicos, miles de millones de dólares para la investigación y, sobre todo, una inmensa cantidad de filósofos, lógicos y lingüistas de distintas corrientes están hoy abocados a proveer una teoría de la actividad cerebral cuya cumbre será una concepción científica de la conciencia.

Haríamos mal en sonreír, desdeñosos. Antonio Damasio, neurólogo mundialmente conocido ha reprochado a Descartes, minuciosamente leído, lo mismo que Lacan: la separación del alma y el cuerpo. Y reivindica en Spinoza, leído con fervor y humildad, como sólo un gran científico puede hacerlo, el encadenamiento necesario entre el pensamiento racional y los afectos. El origen común entre ambos, de lengua, nación, religión de los antepasados y común espíritu científico tienen seguramente algo que ver. Pero su lectura del solo Spinoza no hubiera provocado displacer a Lacan, es acorde con la de los mejores spinozianos de hoy en día.

Gerald Edelman, premio Nobel de química por su descubrimiento de la estructura molecular de los anticuerpos, se dedica, desde entonces, a la construcción de una teoría científica del Espíritu. Como todos los otros científicos de alto valor.

El avance de esta doctrina ya ha provocado que una parte importante de los analistas que siguen pensando que en el Inconsciente moran las representaciones de cosa ya escriben psicoanálisis con el vocabulario de las neurociencias. Han adoptado el sistema de defensa del yo que consiste en ceder al adversario una parte del terreno, a fin de creer que preservan lo esencial, a sí mismos. Su *self*.

Ahora bien, si los analistas lo somos, si lo somos, sólo es porque podemos serlo de la subjetividad de nuestro tiempo. Los avances hechos por Eric Kandel en neurología, el descubrimiento del rol de los neuromoduladores en la obtención de memoria a largo plazo, que nada tiene que ver con el Inconsciente, se han producido

en el momento justo en el que el proyecto Genoma fracasaba en su intento de obtener el código de todos los códigos, la estructura total del ADN en el genoma. Este fracaso relativo hizo cambiar la orientación de la investigación en genética hacia cómo cambia la *expresión* del ADN, y no su base misma, en el núcleo de las células, como consecuencia de lo que ocurre a nivel tisular y por efectos del medio. Esto, antes del 2000 hubiera sido impensable. La historia de las ciencias avanza de modo impredecible, y la pregunta que se le hace a lo real cambia de modo contingente e imprevisible. Lo que no cambia es la lógica del discurso de la ciencia, que cree poder dar cuenta, en cada uno de sus virajes, de la totalidad de lo real. El empirismo con el que avanza oculta un significante que vuelve como un retorno de lo forcluído: el discurso de la ciencia piensa lo universal como real, en el caso de que hubiera varios reales, los concibe como perfectamente conexos, por consiguiente totalmente subsumibles por lo racional. No es una filosofía del domingo, como hubiese querido Bachelard, es un ideal incommovible que hace avanzar la investigación que da cuenta de lo particular.

Hoy en día la interrogación de la humanidad no se dirige ya más a la bóveda del cielo en busca de la cifra científica de su destino, hoy en día se hunde en el núcleo microscópico de las células y el intercambio entre estas como el lugar donde se cifra la esperanza de cura y salud.

Nuestro mundo es un resultado de la física relativista, de la mecánica cuántica, de la lógica computacional extraída de los teoremas de Gödel. El diagnóstico por imágenes es una aplicación de la física a la medicina. Ahora bien, hoy pueden encontrarse una multitud de trabajos en las mejores revistas de neurología en donde se da cuenta con estupor que en una muestra a doble ciego hecha con pacientes que sufren de Parkinson, a la mitad se les inyecta la dosis necesaria de levodopa, esto es, dopamina sintética, y a la otra mitad agua destilada con un marcador. Puestos todos al mismo tiempo en tomógrafos a emisión de positrones, no sólo los que recibieron la dosis de medicamento sino los que no la recibieron presentan las neuronas del striatum como habiendo recibido lo que ellas ya no pueden producir. Al efecto de la palabra en subcorteza se la llama efecto placebo. Del latín placeo: me dará placer.

Ahora bien, la neurología, no en su aspecto anatómico, sino en su aspecto de fisiología no ha sido nunca una rama neutra de la medicina, como puede serlo el conocimiento de los órganos internos. Además del conocimiento, para hacerlo hablar, al cerebro, la reunión de los datos siempre se hizo acudiendo a la psicología, sea de Aristóteles, sea a la fenomenológica, o cualquier otra. En toda neurología hubo siempre una teoría del alma. Hoy hay una teoría del espíritu.

Las neurociencias de hoy en día no son una excepción: conjugan sus esfuerzos todos aquellos para quienes, sea por venir del positivismo, sea por venir de la fenomenología del segundo Husserl, piensan que hay una actividad predicativa, judicativa en el cerebro que se hace en el nivel mismo de la percepción. Que hay

una constitución del objeto, del sujeto pensante y del mundo antes y formando la base de lo que después aprenderá el lenguaje como estrato segundo en el tiempo y secundario en la aprehensión de la intimidad del sí mismo, del espacio, del tiempo y del mundo.

Lo que se juega hoy, el terreno en donde se da la batalla por el dominio del sujeto se da en el terreno del lenguaje y del goce. Si el lenguaje es una invención del cerebro y el goce el efecto subjetivo de la producción de neuromoduladores como la dopamina, la serotonina o la noradrenalina, tenemos una teoría que puede aceptar tanto que el lenguaje sea una capacidad innata del cerebro o que sea un aprendizaje gradual de un cerebro que piensa antes de adquirirlo. En la teoría del Espíritu se explica al hombre y la historia de la cultura por la capacidad del cerebro para hacerlo. Siendo esta capacidad es una conquista biológica adaptativa.

Estamos pues ubicados en una disputa entre un materialismo del significante y un materialismo de la neurona.

Sin una investigación fina, seria, dedicada a conocer los resultados científicos y desembarazarlos de su trama discursiva el psicoanálisis lacaniano no podrá argumentar que, bajo el aspecto de presentarse como un materialismo, como la ciencia no sólo del cerebro sino de la condición de posibilidad de todos los hechos de cultura, las neurociencias son un espiritualismo del cerebro que substancializa el pensamiento.

Tal como está articulada, como una hidra de muchas cabezas, en donde positivistas, fenomenólogos, conductistas cohabitan, la teoría del espíritu puede muy bien incorporar como una cabeza más un psicoanálisis que acepte que el pensamiento inconsciente es también neuronal y que los afectos tienen una base material en los neuromoduladores.

Habrà pues, una vez más, un análisis del sujeto normal, y una psicopatología para estudiar al enfermo. Los artistas ocupando el mágico y tenebroso lugar intermedio.

Cómo demostrar que el goce inconsciente es efecto de toda la capacidad de significar del lenguaje reunido en un significante que significa a un recién nacido que es él, el que ocupa y no ocupa al mismo tiempo el lugar de la falta? Que es ese llamado que lo nombra que le da lo que biológicamente no posee y no podrá nunca desarrollar *per se*, y sólo puede venir de la palabra, ya que ese cerebro, por maravilloso que sea, le da menos capacidades al nacer que las que posee un mamífero no humano? Que el cerebro alcanza su complejidad por la introyección del Otro? Y, que la palabra y su efecto no sólo se resumen a ser, en el cerebro, una cadena de aminoácidos, como me decía hace no mucho, y sin ánimo de pelea, una eminente neuropsiquiatra especialista en autismos tempranos.

Esta batalla por el dominio de lo psíquico, esto es, por la existencia de un sujeto que no sea objeto del discurso de la ciencia, el psicoanálisis no puede darla contra la ciencia. Está obligado a separar la neurología que sirve para tratar enfermedades

IV CONGRESO INTERNACIONAL DE CONVERGENCIA

LA EXPERIENCIA DEL PSICOANÁLISIS. LO SEXUAL: INHIBICIÓN, CUERPO, SÍNTOMA

8, 9 y 10 DE MAYO DE 2009 / BUENOS AIRES - ARGENTINA

neurológicas, la neurofarmacología que es y será necesaria para las grandes psicosis, del discurso que las eleva a creer que pueden explicar el pensamiento y los afectos, el acto y la deliberación, que son el coronamiento de la ciencia y la filosofía.